



## HERMANO JOSÉ IGNACIO ARRUTI ARRASTOA

Zizurkil (21.03.1931) – Irún (28.03.2021)

Textos de la liturgia de la Palabra (*martes santo*):  
Isaías 49, 1-6 / Salmo 70, 1-2.3-4a.5-6ab.15.17 / Juan 13, 36-38

*El Señor me llamó desde el vientre materno, y pronunció mi nombre.  
Me escondió en la sombra de su mano;  
me hizo flecha bruñida, me guardó en su aljaba y me dijo:  
«Tú eres mi siervo, Israel, por medio de ti me glorificaré».*  
(Isaías 49, 1-3)

Estamos celebrando en este Martes Santo nuestro retiro, tiempo de encuentro personal con Jesús, encuentro que en nuestro Hermano José Ignacio se ha hecho ya definitivo. Recordamos su figura, lamentamos su ausencia por el gran aprecio que sentíamos y sentimos por él, y, ante todo, celebramos su fe, nuestra fe, y desde ella vivimos lo sucedido: Dios Señor de la Vida, ha querido hacer ya partícipe a nuestro Hermano de la Pascua de Jesús, quien le llamó y le acompañó hasta el final.

Aunque José Ignacio llevaba años limitado por la enfermedad, su carácter alegre y su gran fuerza de voluntad nos hacían soñar a veces que esta no le vencería nunca; y ciertamente que supo imponerse con ánimo a las dificultades, pero este Domingo de Ramos nuestro Hermano se nos ha ido silenciosamente; cuando la corriente de los misterios pascuales comenzaba su recorrido, él ha hecho ya con Jesús su entrada definitiva en la Nueva Jerusalén.

Su otrora hermosa y melodiosa voz de tenor se nos ha apagado para siempre. Escucharle como solista era todo un regalo, muy solicitado sobre todo en las grandes ocasiones. Dos cantos nos vienen a la cabeza recordando a José Ignacio, además del famoso "Gure Etxea"; ambos son despedidas. Uno, Agur Donibane. El otro, el Agur Maria de Aránzazu... Salle Enea conserva todavía los ecos despiertos de su voz: "Agur, Maria, agur, agur...". Sin duda, la madre le ha ya acogido en su regazo.

Ahora, a la vez que oramos por su descanso eterno, preguntémonos a nosotros mismos: ¿dónde encontraba José Ignacio la fuerza para haberse entregado tanto? ¿De qué fuente nacían su esperanza y sus ganas de vivir? De dónde, el amor que tenía a la vocación de Hermano?

El Evangelio de este Martes Santo nos ayuda a encontrar algunas respuestas a estas preguntas. Juan nos presenta a Pedro como una buena persona, abierto a Cristo, pero débil, incapaz de mantener su fidelidad en un momento concreto, pero capaz de dar después todas sus energías y su misma vida en el anuncio de la Buena Noticia. Así fue Pedro, así somos nosotros, así fue nuestro hermano José Ignacio.

Pero el Evangelio también nos ha dicho que en Jesús, desinteresado y generoso, totalmente abierto a Dios y a todo el mundo, encontramos a la persona-para-otros, el Siervo de

Yahvé, que Isaías anuncia. Y, porque fue el siervo perfecto, es luz y salvación para todos, y, a pesar de nuestras infidelidades, su mirada amorosa nos abraza tal como somos.

Como proclama el Salmo 70, José Ignacio se acogió al Señor, y en Él encontró refugio y protección; el Señor fue su esperanza y su confianza desde su juventud y por eso hoy podemos cantar las maravillas de nuestro Dios en su vida. El mismo Señor que *“le formó y le llamó desde el vientre materno, como siervo suyo, su fuerza”* le quiere ahora de vuelta *“a la aljaba”*, junto a sí, culminando la misión que comenzó con él hace algo más de 87 años, en el caserío Arrieta de Zizurkil.

José Ignacio recibió la fe cristiana de sus padres Juli y José Mari, y el pequeño árbol plantado en el bautismo poco a poco fue creciendo, dando frutos, para el bien de los pobres e hijos de los artesanos, ofreciéndoles refugio y amistad. En su familia contó además con la presencia y testimonio de los también Hermanos de La Salle José María Arrastoa y Félix Malcorra.

Unida toda su formación inicial a su querida *“Gure Etxea”*, ingresa en el Noviciado Menor en 1946, a los 12 años, tomando el hábito en 1950. Junto con el Escolasticado y otras formaciones institucionales, obtuvo las titulaciones de Magisterio, Maestría industrial (en Mecánica) y Licenciatura en Filología francesa (sus *“años zaragozanos”*, en Gran Vía y en el Colegio Mayor Universitario, con una estadía en Francia cuyos recuerdos y relaciones siempre conservó). Su profesión perpetua la realizó en San Sebastián, en 1959.

Desarrolla su apostolado escolar en centros lasalianos de Gipuzkoa, con sacrificadas funciones de director de comunidad en muchas ocasiones. Usurbil, Ordizia y Beasain, en un inicio; más tarde, y como director de centro, en Donostia-Los Ángeles, Zarautz e Irún San Marcial. Sin contar los muchos años en que, como subdirector (eterno *“sudi”* porque lo suyo era estar atento a quien lo necesitaba...sin buscar cargos ni puestos de privilegios), fue buen puntal ayudador en tantas comunidades. Sólo en Salle Enea, comunidad a la que se incorporó en 1998, sirvió como subdirector 12 años. Y siempre con su temperamento alegre y convivencial, puesto al servicio de todos desde cualquier lugar o responsabilidad.

En una ocasión, ante la pregunta: *“¿Tiene usted alguna creencia que quiere que se tenga en cuenta cuando se encuentre en el final de su vida?”*, su respuesta, desde el fondo del corazón, fue: *“Que he sido Hermano de La Salle”*. Y sí, fue un lasaliano ejemplar y de inmensa talla humana, encarnando a la perfección el espíritu del Instituto: fe profunda y celo afanoso en la misión educativa.

La fidelidad de José Ignacio tiene una piedra angular: el seguimiento personal de Jesús de Nazaret. Adornado con talentos hermosos y abundantes, su recorrido personal manifiesta con claridad que su lealtad se alimenta de la gratuidad evangélica. Nuestro Hermano ha dado su vida para que el mundo sea más humano y todas sus aficiones, como la cocina y el canto, han tenido siempre que ver con el disfrute de los demás. En el universo de José Ignacio el prójimo ha sido siempre el centro, sirviendo con sus dones como la argamasa imprescindible y útil que permite unir y encajar las diversas piezas que construyen la comunidad.

Tal vez, un icono que le definía bien es la imagen de la escalera: brazo acogedor para ayudar, peldaño a peldaño, a quien flaqueaba; dispuesto a hacer de descansillo sereno para quienes precisaban un descanso... Y por esa misma escalera del servicio y de la entrega Dios le

ha aupado a su reino para toda la eternidad. Porque el amor de Dios, que es compasión, está por encima de todos los fallos y debilidades de nuestras vidas y la Pascua de Jesús que pronto conmemoraremos nos invita a vivir asentados en la confianza y la esperanza. Como discípulos anunciamos que la experiencia del amor de Dios es la que nos anima en nuestro caminar de cada día, y nunca se acabará: ni los fracasos, ni las limitaciones, ni las enfermedades, ni la muerte... apagarán esa hermosa luz.

Demos gracias a Dios por todo lo que nuestro Hermano José Ignacio ha dado a la comunidad lasaliana y a la Iglesia. Que su testimonio nos ayude a mirar con optimismo la vida, a vivir con fidelidad y entrega renovada la vocación en la misión educativa lasaliana.

Gracias también, de modo especial, a todas las personas que, con cariño, le habéis atendido y acompañado durante estos últimos años de su vida entre nosotros.

Terminemos evocando un signo: en Salle Enea José Ignacio fue responsable muchos años del servicio de alojamiento; antes de venir las visitas, de empezar los retiros u otros encuentros de jóvenes, profesores o responsables de la Red, se solía pasar por las habitaciones y echaba ambientador de olor agradable: José Ignacio, a lo largo de su vida ha pasado extendiendo el dulce perfume de Dios, ha cumplido lo escrito por Pablo a los Corintios: *“Somos para Dios grato olor de Cristo, para los que se salvan y para los que se pierden”* (2Cor 2, 15).

Confiemos en la resurrección de Cristo. No, no nos fallará, como no le ha fallado a José Ignacio, a quien ha llevado al banquete de la felicidad eterna.

*“Agur, Jose Inazio,  
Agur maite gorputzez;  
Bainan amodioz ez,  
Agur, Jose Inazio”.*

¡José Ignacio, muchas gracias y hasta el gran día!

## LA MAÑANA DEL HOMBRE NUEVO

No tengan miedo,  
dice el Señor que camina a nuestro lado.  
En la mañana de la Resurrección,  
mañana primera de un nuevo día,  
el Dios de la Vida ha pronunciado su palabra definitiva.

Tú eres mi hijo,  
se vuelve a escuchar la voz del Padre,  
como en los días del bautismo del Jordán.  
Este es mi hijo,  
nos vuelve a decir el Padre de todos,  
como anticipó en lo alto del monte.  
Este es el Hombre Nuevo, Jesús, el Resucitado.

En su vida y en su muerte, sale Dios al encuentro,  
corre para abrazarnos,  
muestra su rostro compasivo, rico en misericordia,  
lleno de amor y fidelidad.

En sus opciones por los más pobres,  
por los débiles, por los sin voz y excluidos,  
ha brotado la vida que vence a la muerte,  
ha nacido el Hombre Nuevo  
que nos enseña las opciones de Dios.  
Es el Camino de Libertad que nos conduce al Reino.

En sus palabras, claras y decididas,  
ricas en profecía histórica,  
valientes en la denuncia liberadora,  
grávidas de anuncio salvador,  
llenas de calidez maternal  
o cargadas de ira evangélica,  
encontramos la Palabra de Dios  
encarnada y hecha historia en nosotros.  
Es la palabra del Hombre Nuevo,  
Es la Verdad y Justicia, que nos presenta el Reino.

En sus actitudes,  
compasiva con el que sufre,  
solidaria con el que necesita,  
fraterna con quien es expulsado a los márgenes,

crece el Amor verdadero,  
que da gloria a Dios  
en la vida cotidiana de los hombres.

Este es el Hombre Nuevo  
que sabe amar y dar la vida  
para que otros vivan como Dios quiere para todos.  
Es la Vida, de Fraternidad, que nos propone el Reino.

Jesús, hijo de Dios y hermano nuestro, el Resucitado,  
Hombre Nuevo de las primicias del Reino.  
Tú eres el Camino, la Verdad y la Vida.  
Tú nos llamas a la Libertad,  
a la Justicia y a la Fraternidad.

Danos tu Espíritu, Hermano Mayor.  
Haznos pasar por la Pascua.  
Pon en crisis nuestras vidas instaladas.  
Perdona nuestras falsas seguridades.  
Derriba los ídolos que todos tenemos.  
Sacude nuestras cadenas.  
Déjanos solos ante la cruz del seguimiento.

Para que podamos recomenzar el camino,  
que haga nuestras tus opciones.  
Para redescubrir la verdad,  
que haga nuestras tus palabras.  
Para volver a practicar el amor, la Vida,  
que haga nuestras tus actitudes.

No tengáis miedo, dice el Señor,  
Jesús el Hombre Nuevo,  
que camina a nuestro lado.  
Para volver a empezar,  
llena nuestra mente y nuestro corazón,  
de conversión permanente,  
don del Espíritu que se derrama,  
como la luz de esa mañana,  
primera, de Resurrección y Vida.  
Mañana del Hombre Nuevo.  
Amanecer del Reino.

(M. Murua)

